

# Carlos Monsiváis: humor, crítica, ensayo, ideología, crítica literaria, perfil

Luis Barjau

Como olvidé la broma, pruebo a reconstruirla en busca de un modo más justo a nuestro inolvidable Carlos Monsiváis:

Tanto de crítico a Ordaz  
En la prensa, Carlos, tienes  
Que saber está de más  
De dónde te monsivienes  
O a dónde te Monsiváis.

Agradeceré la corrección. Porque la de Chucho Arellano sólo dijo “con los pelos adelante y los pelos por detrás no sé si te monsivienes o te Monsiváis”. Pero este chascarrillo es obvio que está cojo.

Algo así fue la estrofa que, a réplica de aquella original que el concejal Juan Fernández hizo como escarnio de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, dramaturgo de Taxco, a finales del xvi y principios del xvii, se le aplicó en 1968 a Carlos Monsiváis. Como es sabido, la original decía:

Tanto de corcova atrás  
Y adelante, Alarcón, tienes,  
Que saber es por demás  
De dónde te corcovienes  
O a dónde te corcovas.

Ésta, original, era sangrienta: Alarcón, en efecto, era corcovado de pecho y espalda. Rima que, por esta deformación congénita, el comendador se confunde y duda si el poeta viene o va, tiene toda la picardía criminal española de finales del siglo de la Conquista. Hermana de la de Quevedo, que apuesta a decirle “coja” a la reina Mariana de Austria con la argucia de llevarle unas flores y espetarle:

Entre el clavel blanco y la rosa roja, Su Majestad escoja.

Y como tantos otros lugares comunes del humorismo negro.

No; la aplicación de la estrofa al maestro Monsiváis careció de virulencia. Y en cambio, del “corcovienes” y el “corcováis” se juega con la identidad real del escritor con base en su apellido

vasco. Y la réplica fue afortunada, pues Monsiváis fue uno e igual a sí mismo: un tótem sabihondo y melancólico, acaso depresivo cuando su figura dejaba un lunes la casa de los bomberos al pie del Castillo de Chapultepec, por décadas sede de esta Dirección de Estudios Históricos, después de haber hecho con sus colegas investigadores las más sardónicas bromas críticas del prójimo.

En su caso nunca tuvo la prudencia de la réplica fernandina aplicada a su costa y sus estocadas de humor siempre fueron a fondo, hasta con sus grandes amigos.

Me consta que al maestro Carlos Pellicer le aplicó las dos siguientes perlas:

—Oiga, maestro, ¿no será que en ese soneto donde usted indica poéticamente que “hay azules que se caen de morados”, en el fondo trataba de referirse a unos policías borrachos? Ya que “azules” se les llamó a los policías, como hoy “polis”.

Pellicer apechugaba ante la estocada.

Y otra enseguida:

—Oiga, maestro, en ese verso donde dice “estoy en el balcón lleno de codos” —a Pellicer le había encargado el presidente en turno que escribiera algo sobre el desfile del 16 de septiembre y que mencionara el balcón de palacio desde donde los notables apreciaban el festejo—, “lleno de codos” ¿no será que se refería usted a unos cuates de Monterrey, que como se sabe son muy tacaños?

Pellicer, *touché* y divertido, sólo acertó a responder:

—Sí, ésa es la aguda apreciación de un coleóptero.

Porque es sabido que el poeta tabasqueño aguantaba ésos y otros peores escarnios con humor invencible.

La ironía que Monsiváis acumuló a lo largo de su vida era ambigua: un modo de señalar la cursilería y el *kitsch* de muchos aspectos de la cultura nacional, pero para poder congraciarse con ellos, un modo dramático de identificarse con la cultura popular y un modo de subsistir nacionalista, donde él, un intelectual de cultura universal, se resignaba, pues hubo en sus trasfondos ideológicos la voluntad, por vía de una toma de posición de izquierda, muy temprana, de abanderamiento de las causas populares, y la investigación de los sintagmas de las profundas y complicadas frases que acompañan las costumbres del pueblo.

Su ironía ambigua lo llevaba a esconder su pensamiento en una prosa barroca, depurada en su rebuscamiento, que se hacía densa en principio, pero que era espoleada y salva-da por el hallazgo continuo de especies de fórmulas irónicas y humorísticas. Verdaderas perlas, en efecto, que difundió sobre todo en su obra periodística.

Su prosa de ocultamiento, vamos a decir, tiene antecedentes: nada menos que Hegel se vio obligado, según opinión de Jacques D’Hondt, su mejor intérprete francés, a ocultar muchas veces el verdadero contenido ideológico de sus escritos, con objeto de no entrar en contradicción con la monarquía absoluta que comandaba el *Stift* o seminario luterano de Tubinga, que fue la institución de formación académica de los jóvenes prusianos al servicio de la religión y del duque, y donde el propio Hegel se refugió.

Toda proporción guardada, en el caso de Monsiváis el ocultamiento estilístico de su prosa lo fue de los lugares comunes de los principiantes de su generación, pero también del Ogro Filantrópico: de la capacidad múltiple de represión que tiene el Estado. En especial la cultura del Estado mexicano priísta. Una represión subliminal y enmascarada, pero efectiva para coartar cualquier iniciativa intelectual de independencia que no fuera ya legitimada por el Estado. Por el Estado, desde luego, a través de las sutiles ramificaciones del ejercicio de su control, lo que, desgraciadamente, también logra hacer parte de la cultura.

Así consiguió Carlos Monsiváis, en buena medida, convertirse en una celebridad popular, sin dejar de ser un intelectual refinado.

Contradictoriamente, un modo de conocer a fondo la her-mética personalidad de un hombre tan cercano, por ejemplo, a nosotros, investigadores de antropología e historia, y a la vez tan distante, es posible a través no de su sardónica obra periodística, sino de la crítica literaria, que ejerció con pasión desde temprana edad, primero con la antología de poesía mexicana y al final con la selección de diez narradores de su preferencia en su libro *Escribir, por ejemplo*. Notable de aquí la profunda develación, hasta ahora insuperable, del poeta jerezano Ramón López Velarde. Un poeta al que la ignorancia profunda y la apreciación ligera tienden a igualar, sobre todo en su dimensión nacionalista (*La suave patria*), con recitaciones populares de las cantinas. Sobre este autor, Monsiváis penetró, con el interés ambiguo que antes anoté, a la búsqueda de la autenticidad estética por vía de las apariencias de la cursilería nacional. López Velarde despertó en Monsiváis una acendrada obsesión, que resultó en una verdadera reivindicación canónica. Y en este ensayo el crítico literario se abre de capa y deja ver, junto a su susceptibilidad, su muy refinada y apreciable sensibilidad. Afirmando entonces que para conocer a fondo a Monsiváis hay que empezar con el estudio de su crítica literaria.

Igual que en su ensayo sobre López Velarde, donde es observable su proyección estética, en el otro, sobre José



Revueltas, el lector se encuentra con la profunda y muy compleja estructuración política e ideológica de Carlos Monsiváis. Y su apreciación del intelectual comunista mexicano deja entrever, en los asuntos que él escoge sobre vida y obra de Revueltas, su propio, y algunas veces desconcertante, punto de vista. Me pareció a mí, como lector de su propia generación, que había en él mayor valor de las viejas lecturas gramscianas y trotskistas, con una buena dotación también del existencialismo francés, que lo usual de la época para todos sus contemporáneos intelectuales de izquierda, del leninismo y del estalinismo. Su devoción por Revueltas está dada por observar cómo el peso del romanticismo literario del autor de *Dios en la tierra* triunfó sobre el estalinismo del Partido Comunista. Ésta es la pasión que vertió Monsiváis en su estremecedor ensayo *José Revueltas: Crónica de una vida militante*. Y ésta es la puerta que nos permite observar que Monsiváis guardó, con una modestia evangélica, de pensador mexicano de extracción popular, su profunda vocación literaria; modestia y frugalidad excesivas que por cierto le impidieron volcarse de lleno en la creación artística.

Monsiváis fue una especie de guerrillero de la poesía, *por ejemplo*. Bajo su extrema e irónica crítica, tembló el poeta que prefirió callar sus propias obras.

Pero volvamos, para despedirnos, y porque no tenemos más espacio en esta breve nota, de aquel personaje inmediato, de aires entre Beethoven y un antropólogo físico del siglo XIX, que acudía a la DEH con Pacheco, Blanco, Florescano o Aguilar Camín, a los seminarios, discusiones, picantes charlas en la dirección o en el jardín de las fiestas bajo el Castillo.

La imagen que resultó de la larga y privada reflexión intelectual de Monsiváis es la del valiente que, no obstante su dependencia financiera de las instancias del Estado, como quedó dicho que hizo Hegel del *Stift*, pero tomando el riesgo de una suerte de Odiseo en la cueva del cíclope, es la del ciudadano de raigambre popular que se alza hasta convertirse en crítico de los valores de la sociedad establecida y de las oscuras maniobras del propio gobierno. Por su proceder se puede observar en él una clara filiación procedente de sor Juan Inés de la Cruz, quien en opinión de Paz se refugia en la Iglesia para procurar su formación y que pasa por *el Nigromante* Ignacio Ramírez, el más avanzado liberal del siglo XIX.

Y de sus preferencias íntimas cabe destacar que en una ocasión Monsiváis confesó que era Geoffrey Chaucer uno de sus autores favoritos, lo que nos da una pista más para entender las raíces de su formación, y aquel autor, con sus *Cuentos de Canterbury*, de la más pura procedencia espiritual campesina, que vivió el desparpajo arcaico de la mentalidad feudal con base en una escatología humorística que fue también la privada, y preferida, de don Carlos Monsiváis.

Esta nota, a la búsqueda de su redondez, no puede dejar pasar una frase dicha por Monsiváis en una reunión académica del año pasado de nuestra dirección, suelta entre el ir y venir de los asistentes: "Aquí hasta los paranoicos tienen enemigos".

Perdimos al compañero que dirigía aquí su brillante seminario; ganamos la distancia que permite sopesar su importancia.